

y se hace penetrante, como en una lejana evocación en que el paisaje está nublado de ausencia. Armando Parot es muy joven y andará muy lejos. Y sabrá evadirse de todo influjo que perturbe su original acento de poeta.—LUIS DURAND.



«COIRÓN», novela de *Daniel Belmar*. Ed. Zig-Zag, Santiago

Con un prólogo de Mariano Latorre, bastante elogioso para el autor, Daniel Belmar publica su tercera novela. Antes fué «Roble huacho», relato aldeano ubicado en el sur chileno, y luego «Oleaje», una bella novela corta, cuyo escenario—una ciudad sureña—permite al novelista mostrar, ya con mayor seguridad, su viva capacidad creadora. Belmar es un artista esforzado que desde el punto inicial de su carrera literaria no ha dado reposo a su pluma, logrando conquistar de este modo un sitio de singular relieve en las letras nacionales, que viene a reafirmarse con esta obra, en la cual ya lo vemos en pleno dominio de sus facultades para animar personajes y escenarios.

El prologuista, experto catador, señala en esta obra algunos de sus méritos literarios y ellos bastan sobradamente para que el lector entre sin temor en su lectura. Pero hay en Belmar, algo que no se ha dicho, y, que a nuestro juicio, es su humanidad, su amor por los acontecimientos mínimos que van encadenando una serie de hechos que convergen a darle a su libro todo el encanto de esas novelas por las cuales pasa una auténtica corriente de poderosa vida. Así persiste después de su lectura, la emoción profunda

de aquello que se escribió, sintiendo como si se llevara dentro de sí mismo, todo el vario caudal de circunstancias y de accidentes, en que el alma, y el color del paisaje y la vibración humana responden a un mismo signo anímico.

Alguien pudiera reprocharle al novelista su desgano por introducir en la corriente de su narración, mayor cantidad de incidencias que pudieron ocurrirle a esas gentes que soportan allí en medio de la desolación de la pampa, una vida quieta y estática hasta la desesperación. Es una corriente lenta y con pocas variaciones que aceleren su impulso. Los hechos derivan sin apremio y sólo las alteraciones de la naturaleza vienen a arrancarlas de su reposo. Y esto no obstante lo dicho anteriormente en este comentario, no puede considerarse como una falla del novelista, sino que es el resultado de la existencia misma, con su ritmo de cuentagotas, con su pesado y monótono transcurrir de días, unos iguales a los otros. Hasta que la conmoción de las fuerzas inesperadas y ocultas de la naturaleza irrumpe como un potro desbocado, o como una punta de ganado que se lanza a la disparada, por en medio de la pampa sin horizontes. En esto, seguramente sin advertirlo, Belmar le ha dado a su novela esa grandeza un poco estática que encontramos en «Don Segundo Sombra».

Y aunque se pudieran hacerle todos los reparos que se quiera a este libro—hay en él una sabrosa amenidad, una plástica belleza que se manifiesta en rápidos esbozos en que vemos el paisaje de la pampa, con su carácter singular. La llanura infinita en donde el «coirón», el recio pasto, alimenta y vigoriza a millones de animales de cuya vida semi salvaje surgen episodios de épica trascendencia, contados con

esa seguridad, con ese dominio absoluto de quien es dueño del tema, y lo maneja como quiere, a través de su temperamento y de su sensibilidad.

La madre evocada con dulce y suave ternura, y los muchachos Adolfo y Adrián, adquieren poco a poco todo el relieve de personajes que ya no se olvidarán. El paisanaje se torna feroz en sus días de esparcimiento, cuando el alcohol hace estallar en ellos sus peores instintos. Hay escenas de un realismo impresionante, tales como aquella que presencian los ojos angustiados del muchachito Rafael—que es el que transmite al lector todos los episodios de esta historia novelesca—cuando el Mocho mata al joven Adrián de una feroz puñalada, y aquella de salvaje decisión en que Adolfo derriba al Mocho con sus boleadoras, mientras las bestias jadeantes corren disparadas a través de los ásperos coironales.

Belmar nos entrega una novela de magnífica realización artística, empapada de emoción, en fuerza descriptiva, en emotiva ternura evocadora. Los recuerdos maduros de belleza artística, van afinándose, van adquiriendo un perfil tan nítido, que los cuadros resultan de una frescura y transparencia admirables. A ratos son óleos violentos, recargados de tintas, que destacan en sobrio contraste los detalles más salientes. Tal por ejemplo pudiera decirse de la caza de aquel pobre avestruz viejo, al cual el brío irrefrenable de los mozos persigue y mata creyéndole un soberbio ejemplar de ostentoso plumaje, y sólo encuentran los restos de un esplendor que el tiempo destruyó. Otras veces la escena ofrece inesperada novedad, como en el caso de ese puma «aguachado» al cual en una tarde de travesura con los perros de la casa, estos descono-

cen y súbitamente vienen a darse cuenta de que todo un irreconciliable ancestro los separa.

«Coirón» es una epopeya en la cual la violencia y grandeza de los acontecimientos se suavizan, con un halo de poesía. El tiempo que se fué como un viento sonoro, llevándose las viejas resonancias de la pampa, se quedó vivo, grabado en relieve en el corazón del novelista. Desde su intimidad, como desde un arcón perfumado, fueron surgiendo aquellas visiones, para transformarse en la palpitante realidad de una creación artística magníficamente lograda.—L. D.